

Domingo 3 de abril de 1994  
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 20,1-9

No habían comprendido que Jesús debía resucitar

Cualquier fiel que haya participado en la celebración de los misterios de nuestra salvación durante el triduo pascual, siente en este día un gozo profundo, por la certeza de que en la resurrección de Cristo, la muerte, que es el salario del pecado, ha sido vencida. Es una certeza que da sentido a nuestra vida y que no puede comprender el que ha estado ajeno a estas celebraciones. La participación en los misterios de nuestra salvación a través de la liturgia no es como asistir a un espectáculo. No es como observar en la televisión el documental de un evento, por importante que sea. En la liturgia se trata de una participación viva: el fiel, incorporado a Cristo, muere y resucita verdaderamente con él. Esto explica el gozo de la vida nueva de Cristo resucitado de la cual participamos los creyentes.

Tratando de explicar estas cosas, San Pablo escribe: "Nosotros expresamos realidades espirituales en términos espirituales. Con sus fuerzas naturales el hombre no comprende las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. No las puede comprender, pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas... Nosotros, en cambio, tenemos la mente de Cristo" (1Cor 2,13-15). Para San Pablo lo espiritual es lo concreto y real.

El Evangelio de hoy nos presenta a María Magdalena, la misma que hasta el final había estado al pie de la cruz, yendo al sepulcro de Jesús muy de madrugada, el primer día de la semana. Ella había visto crucificar a Jesús, lo había visto morir, había visto retirar su cuerpo de la cruz, había ayudado a prestarle los cuidados que se daba a los difuntos: "Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar" (Jn 19,40). Esto ocurrió el viernes. El sábado, el séptimo día de la semana, era día de estricto reposo: también en este día reposó Jesús en el sepulcro. Pero al alba del primer día de la semana, el domingo, apenas se pudo, se dirige María Magdalena al sepulcro. Esta premura de ella es expresión del amor intenso que nutría por su Señor esta mujer.

Pero, mientras esperaba ver la piedra tapando la boca del sepulcro, ve en cambio, a la distancia, el sepulcro abierto. Lo primero que piensa es que alguien ha profanado la tumba del Señor. Pero ¡a esas horas de la mañana! No podía ser sino con mala intención. En efecto, después de verificar que la tumba estaba vacía, corre donde los apóstoles y les anuncia: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto" (Jn 20,2).

Lo que sigue es claramente el relato de un testigo presencial. Los que recibieron la noticia alarmante de María

Magdalena son Simón Pedro y "el otro discípulo a quien Jesús quería". Esta es la discreta firma del apóstol San Juan. Es él quien recuerda lo que va a relatar, es él quien escribió este Evangelio. Sólo él podía observar detalles como este: "El otro discípulo (es decir, él mismo) corrió por delante, más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro". Sólo él podía recordar lo que sintió cuando llegó ante el sepulcro abierto y se encontró él solo allí: "Se inclinó y vio las vendas por el suelo; pero no entró". Al poco rato, llegó también Pedro y entró.

Lo que Pedro vio dentro del sepulcro se describe con todo detalle: "Vio las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte". Aquí está pesando una ausencia, un vacío: ¿no vio el cuerpo de Jesús! Entonces entró también el otro discípulo, el que está recordando todo esto. No sabemos qué pensamientos pasaron velozmente por su cabeza; sólo sabemos lo que él nos dice: "Vio y creyó". Ya hemos dicho lo que vio: vendas y el sudario; pero también ¿ese vacío tremendamente elocuente! Lo que creyó supera infinitamente todo esto: creyó que Jesús estaba vivo, que había resucitado de entre los muertos. Un paso posterior a la fe es la comprensión: "Hasta entonces no habían comprendido que Jesús debía resucitar de entre los muertos".

A propósito de la resurrección de Jesús podemos describir los pasos necesarios para "comprender las cosas del Espíritu" de las cuales hablaba San Pablo. Lo primero es ver. Por eso es fundamental la vida de la Iglesia, el testimonio de los cristianos, la predicación. El testimonio de la caridad y de una vida libre de pecado produce en los presentes una profunda impresión. Mediado por esto que se ve, Dios concede el don de la fe, que supera infinitamente la experiencia sensible: "Cristo murió por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación". Una vez que se ha hecho un acto de fe, recién entonces puede entrar el intelecto y comprender las cosas del Espíritu. El que pretende comprender primero con su inteligencia las cosas espirituales para creer después en ellas, emboca un callejón sin salida, pues "con sus fuerzas naturales el hombre no comprende las cosas del Espíritu de Dios; son necesidad para él".

El gran Padre de la Iglesia y genio del intelecto que fue San Agustín pasó muchos años de su vida buscando por ese camino equivocado: "intellectus quaerens fidem" ("el intelecto procurando la fe"). Era un intento desesperado. Hasta que, gracias al testimonio de la Iglesia de Milán y de San Ambrosio, se abrió al don de la fe. Entonces, sin renunciar un momento a la nobleza del intelecto humano, todo se aclaró para él. Por eso acuñó la fórmula famosa del itinerario justo: "fides quaerens intellectum" ("la fe en busca de comprender").

Hay un particular en el Evangelio de hoy que no convie-

ne dejar inadvertido. ¿Por qué se describe con tanto detalle la situación del sudario que cubrió la cabeza de Jesús? "No estaba junto a las vendas sino plegado en un lugar aparte". ¿A quién le interesan estos detalles tan secundarios? Tal vez se aclare si se recuerda que este mismo lienzo blanco que envolvió el cuerpo sin vida de Jesús, en el Evangelio de Mateo se llama: "sindón" (en castellano: "síndone") (Mt 27,59). Es porque en el momento en que Juan escribía (hacia fines del siglo I), la síndone era un objeto sagrado, pues "había cubierto la cabeza de Jesús", era conocido por la comunidad y se sabía dónde estaba. San Juan quiere decir cuál es el origen de esa reliquia. El Evangelio concluye este episodio con esta nota: "Los discípulos, entonces, volvieron a casa". Es imposible pensar que no llevaran consigo y conservaran con veneración este pieza que así mereció su atención y que había cubierto la cabeza de aquel, que -así lo creían ya- había resucitado de entre los muertos. Ese lienzo se conserva aún y es el único que nos ofrece el rostro auténtico de Jesús.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo Auxiliar de Concepción